

Discursos de la purificación y la limpieza en la narrativa literaria sobre la guerra interna

Santiago López Maguiña

En este artículo se esbozan algunos esquemas discursivos de la narrativa del conflicto armado que azotó al Perú durante la década de los ochenta y comienzos de los noventa del siglo pasado, sobre la base de dos novelas publicadas después de dado a conocer el Informe de la Comisión de la Verdad en el 2003. Se trata de las novelas *La niña de nuestros ojos* (2010) de Miguel Arribasplata Cabanillas y *La noche y sus aullidos* (2011) de Sócrates Zuzunaga Huaita. Se verá, sin embargo, que en el curso de estas líneas la primera de estas dos novelas se irá tornando en la fuente principal.

Estas novelas sitúan sus acciones en el principal escenario de la guerra interna que asoló el Perú durante la década de los ochenta y comienzos de los noventa: la sierra sur peruana, los departamentos de Ayacucho y de Apurímac. Las dos novelas, aunque desarrollan historias que siguen el orden cronológico general de las acciones características del alzamiento armado de Sendero Luminoso, ponen énfasis en la enunciación de los actores antes que en la sucesión de las secuencias narrativas. Más importancia que las intrigas, que las peripecias propias del relato, tienen el habla y los actos del habla de los personajes: las tomas de posición, las estrategias discursivas, las simbolizaciones y la retórica.

En segundo lugar, ambas novelas tienen un centro de referencia principal cercano a los escenarios donde ocurren los acontecimientos y desde donde procuran además desplegar discursos que fijan su propio centro. Este es, sin embargo, un rasgo más acentuado en el caso de la novela de Miguel Arribasplata, que en el de la novela de Sócrates Zuzunaga. En este texto hay un claro enunciador que ubica a los actores discursivos en los distintos escenarios de la novela desde una posición distante y hasta cierto punto ajena. En *La niña de nuestros ojos*, el enunciador se halla en una ubicación mucho más próxima a los escenarios y a los personajes que en *La noche y sus aullidos*, y provee de más autonomía a los enunciadores, que establecen de por sí sus respectivas zonas de referencia.

La representación en ambas novelas, de acuerdo a lo dicho, produce la impresión de un despliegue dramático. Las dos están construidas principalmente mediante diálogos, monólogos o soliloquios, que destacan por la carga oral de su léxico y, en menor medida, de su sintaxis. La presencia del género del drama en la novela andina es característica de las novelas de José María Arguedas, especialmente de la última (Lienhard 23; 74; 105; ss). Por eso la puesta en escena del enunciado narrativo tiene un componente espacial muy importante. El horizonte geográfico a este respecto juega un rol principal. En las dos novelas las acciones no solo están localizadas en un eje de zonificaciones verticales, es decir, de distintos pisos ecológicos, característico de la sierra peruana y, especialmente, de la sierra sur peruana (Murra 59; 115), sino también los puntos de vista con que son expuestas tienen así mismo que ver con la ubicación del enunciador en alguno de esos pisos. De esa manera los escenarios se despliegan ya sea vistos desde arriba hacia abajo, desde las punas, o ya sea vistos desde abajo hacia arriba, desde las zonas agrícolas.

Hay que señalar, sin embargo, una diferencia: el espacio en la obra de Arguedas impregna a las acciones de valores simbólico-ideológicos propios del mundo andino, de un modo que no ocurre en las novelas de Arribasplata y Zuzunaga. En el universo cultural andino la división espacial en mitades, la de arriba (hanan) y la de abajo (hurin) es fundamental. No solo distingue la pertenencia de los actores a uno u otro piso ecológico, a la de los pastores (abajo, aunque se ubican arriba, en la zona puna, porque abajo expresa también un valor de subordinación asociado a lo femenino y a la pobreza) o a la de los agricultores (arriba, aunque se ubica abajo, en la zona quechua, porque se halla relacionado con lo masculino y la riqueza) (Urbano xxxviii; ss), sino también refiere contenidos de tipo político y ético. En la obra de José María Arguedas la mitad de arriba, que coincide literalmente con la respectiva ubicación espacial, en *El zorro de arriba y el zorro de abajo* específicamente, en la que las alturas de los cerros que circundan la bahía de Chimbote, donde tienen lugar las acciones de la novela, corresponde a una región de pureza y de purificación, mientras que la mitad de abajo corresponde a un horizonte de impureza y de mezclas, de putrefacción y de corrupción (Lienhard 69; ss). Y esas cualidades impregnan la mirada de los personajes y de los enunciadores.

En las novelas de Arribasplata y de Zuzunaga el espacio es abierto y desplegado en paisajes campestres, montañosos, característicos de la sierra sur peruana, en los que sobresalen pueblos campesinos y comunales, caseríos, poblados de pocas casas, cuyo interior, debe destacarse, es apenas presentado. Hay, en efecto, escasas descripciones de los distintos recintos que componen las edificaciones. En cambio, la presentación externa de los pueblos en su conjunto es extensa, principalmente de las plazas públicas, lugares donde transcurren las principales acciones. Pero esos escenarios no se ven investidos de valores andinos. Se puede decir más: los discursos de

las novelas no les reconocen una dimensión sagrada. Aparecen como lugares profanos, que no poseen cualidades sobrenaturales o gloriosas. En consecuencia la posición de los enunciadores en uno u otro espacio no es relevante desde el punto de vista simbólico.

A este respecto es de mencionar la ausencia de montañas tutelares que protegen a los pueblos y a las comunidades. Las montañas en el mundo andino son concebidas como seres animados que manejan el destino de los hombres en la región que dominan. Son entidades que deciden si los benefician o los dañan, según aquellos hayan cumplido o no con las obligaciones de la reciprocidad, esto es, según les hayan proveído adecuadamente con las ofrendas respectivas en rituales especiales. Los espacios, por tanto, no tienen una determinación mítica, ni los seres que aparecen en ellos.

Hay un tercer punto a considerar. Las dos novelas son textos de ficción, punto que se subraya en sus discursos de diversos modos. En *La niña de nuestros ojos* el personaje que evidentemente representa al Presidente Gonzalo, nombre de batalla de Abimael Guzmán en la historia real, aparece bajo el nombre de Presidente Rodrigo, que por eufonía y por la misma procedencia castellana remite inconfundiblemente a aquel. Todos los demás nombres prominentes e históricos, en cambio, se mantienen. En *La noche y sus aullidos* los nombres relacionados con el grupo subversivo Sendero Luminoso no sufren, por el contrario, ninguna modificación, y el efecto ficcional se produce en la diversidad de narraciones que se presentan y en el modo en que son realizadas: diálogos, monólogos interiores, relatos contados retrospectivamente, etc.

En *La niña de nuestros ojos* la enunciación desembraga (desengancha) un narrador atento al mundo natural y a sus diferentes cambios de estado, de acuerdo al paso de las estaciones y el transcurso del día. Es un actante muy sensible sobre todo a las presencias de los animales. Destaca que estos tienen un curso vital ajeno al que siguen los hombres, y hasta cierto punto indiferente a los conflictos que libran, y que parecen solo afectados por los incidentes explosivos y más estallantes en todos los sentidos, que ocurren en las irrupciones violentas de las columnas guerrilleras y de las Fuerzas Armadas. Las incursiones impositivas y prepotentes en los pueblos campesinos entre gritos, disparos y explosiones tocan la sensibilidad de mascotas, de acémilas y ganado. Los perros ladran y corren de modo caótico. Se inquieta a caballos y rebaños. Las aves se confunden, chillan, saltan, vuelan sin saber por dónde ir. Pero una vez instalado un orden sonoro moderado los animales regresan a sus correspondientes emplazamientos y a las acciones que caracterizan su actuación corriente. De esa suerte se contrasta el mundo natural con el mundo histórico. Mientras que el primero tiene una movilidad serena y lenta, el mundo histórico por efecto de las luchas que los hombres libran entre sí presenta una movilidad nerviosa y rápida. Este es además un mundo que se concentra y se cierra en el espacio

donde ocurren las acciones humanas, tanto las pacíficas como las violentas, especialmente estas últimas, mientras que el mundo de la naturaleza se extiende y se abre, ante la vista del observador. Los hombres se encierran y ciegan en los trámites propios de su existencia. La naturaleza por su lado se despeja y transparenta en el curso de su acompasada evolución. Habría que dedicar más líneas a analizar esta oposición, por ahora solo se la menciona para subrayar la visión ficcional que presenta el discurso de la novela.

En *La noche y sus aullidos* se desembraga un enunciador que se presenta como un recopilador de testimonios acerca de las acciones y eventos ocurridos en el pueblo Aqomarca, topónimo que se escribe también Accomarca, que fue lugar donde las Fuerzas Armadas perpetraron una masacre de campesinos en agosto de 1985. La novela en este sentido ofrece una fuerte carga testimonial, pero los discursos de los testigos que cortan sus relatos con reiteradas evocaciones del pasado, tanto de los momentos felices, referidos a la armoniosa vida comunal y la vida familiar plena de amor, como de los momentos ingratos relacionados con los conflictos propios del orden feudal, muestran una marcada dimensión ficcional. Esos cortes son imposibles en el discurso testimonial que tiende a concentrarse con intensidad en lo inmediato y en lo cercano, y que diluye hasta lo nulo lo mediato y lo distante. El testimonio, además, se limita a referir uno o muy pocos hechos, ocurridos en un lapso breve y en un espacio restringido. Eso lo distingue de la historia real o de la historia imaginada, que trata de acciones sucedidas en intervalos longevos y en diversos y amplios espacios. Hay un punto más que destacar: los discursos de los personajes testigos en la novela se demoran en descripciones y en tramas que se bifurcan por la vida interior de los personajes, por el laberinto de pasiones y de los más diversos recuerdos, que alcanzan a comprender la historia de Aqomarca antes, durante y después de la guerra interna. Son derivaciones más propias del discurso novelístico que del testimonial y que, por último, no se suceden de una manera global sino fragmentada: van surgiendo de manera espontánea, y se narran con dificultad en consonancia con los sucesos traumáticos que se relatan, y con fluidez cuando se trata de narraciones referidas a hechos gratos, que se contraponen con los anteriores. La novela contrasta la representación de un orden campesino armónico y feliz, a pesar del régimen feudal que lo engloba, de brutal opresión y explotación por parte de los hacendados, con la representación del tiempo violento y trágico que se produce a causa del enfrentamiento que libran Sendero Luminoso y las Fuerzas Armadas.

Se diría entonces que estas son novelas ficcionales con intención testimonial. Intentan registrar hechos efectivamente ocurridos, dar cuenta puntual de acontecimientos mortificantes, y buscan ofrecer el panorama de los discursos que esos eventos congregan. En este punto también la comparación con la obra de José María Arguedas es útil. Tanto en la novela de Arribasplata como en la novela de Zuzunaga se pretende, como ya se ha

dicho, recoger el habla efectiva de los protagonistas, pero en ninguno de los casos se trata de alcanzar una reproducción tal cual o lo más aproximada posible. No se persigue producir el efecto de una *escritura oralizada*, para tomar una formulación de Antonio Cornejo Polar (215; ss): que se haya logrado mediante la plasmación de un castellano escrito la impresión de que los quechua hablantes se expresan en su propio idioma, como lo hace Arguedas en sus narraciones. A este respecto, en cambio, la sensación que se tiene al leer estas novelas es que los campesinos se comunican solo en castellano. Sí, por el contrario, se llega a percibir que los discursos de la novela traducen de una manera convincente y verosímil las hablas correspondientes de la realidad cuando se presentan los parlamentos de los guerrilleros del Partido Comunista del Perú que aparecen en *La niña de nuestros ojos*, y el habla de los miembros de las Fuerzas Armadas.

Hay que precisar, sin embargo, que la verosimilitud es un efecto del discurso que no surge de un acomodo feliz con una realidad previa, sino como resultado de las propias operaciones narrativas desarrolladas por el enunciador en el texto, que van a describirse a continuación.

La novela de Miguel Arribasplata *La niña de nuestros ojos* (2010) es una de las pocas que, entre las novelas que se ocupan del conflicto armado, presenta de un modo extenso la dimensión subjetiva de los alzados en armas. En esta narración se construyen diversas conjeturas ficcionales sobre ese conflicto, aunque se produce la impresión de que para esas elaboraciones se ha hecho uso de seguras fuentes directas, de que el autor ha recogido, de modos que no es posible aquí detallar, distintas versiones de las acciones efectivas de la guerra armada, gracias sobre todo a la cercanía y a la familiaridad que ha mantenido con los actores y con las acciones narradas. De otra manera hubiera sido muy difícil crear un enunciador que desplegara un horizonte de presencias tan convincente, tan verosímil en lo que respecta a la actuación de los sublevados.

Uno de los puntos que constituyen la verosimilitud de este texto es el léxico y los discursos de esos actores. Su vocabulario está formado principalmente por términos procedentes del diccionario y la enciclopedia de Sendero Luminoso, principalmente procedente del discurso de su líder, no mencionado en la novela con su nombre propio, ni con el alias con que se lo conocía, y que únicamente podría haber sido reproducido en el texto de la novela por un enunciador que ha participado de la práctica político-militar de los subversivos o que ha tenido una vinculación muy familiar con ellos. El vocabulario de los guerrilleros del Partido Comunista del Perú en la novela de Arribasplata, en efecto, está formado por términos propios del lenguaje político de los manuales de marxismo y los libros de Lenin, Stalin, Mao y, sobre todo, del de su propio líder. Es un lenguaje presente en todas las situaciones comunicativas de los militantes y guerrilleros del Partido Comunista del Perú que aparecen en la novela, no solo en las propiamente políticas, en las asambleas, en las arengas, en los debates, en las reuniones

de evaluación, en la lucha contra los *sinchis* (grupo de combate antiterrorista de la policía) y contra las fuerzas armadas, en los textos de análisis de la coyuntura y de caracterización de la sociedad peruana y mundial, en las directivas que se transmiten de los líderes a las bases partidarias, sino también en el habla cotidiana, en los relatos más rutinarios, en los comentarios sobre los asuntos más domésticos, relativos a las actividades concernientes con la cocina, el vestido, el cuidado de la salud, el trato a los caballos (el principal medio de transporte entre los guerrilleros), y hasta en la vida íntima, en el terreno de los afectos amorosos.

Estrictamente hablando es un léxico de carácter político-militar que unifica la vida diaria de los guerrilleros en todos los aspectos. Debe señalarse, sin embargo, antes de continuar, que la dimensión unificadora más importante es el sentimiento referido al hecho de hallarse aquellos voluntariamente bajo el dominio y la determinación de los ideales revolucionarios, que los ha convertido en actores absolutamente comprometidos con la lucha armada. Esa decisión, cabe decir inmediatamente, ha supuesto la elección de una práctica de riesgo total: la asunción de que su propia vida no tiene ningún valor si es que no se la dedica a lograr el bien supremo de la revolución. Sólo en cuanto la vida de cada uno, que es nada, se arriesga en el empeño de transformar el mundo se hace valiosa.

Habiendo hecho esta precisión ha de continuarse este texto sosteniendo que para cumplir con la tarea de cambiar la realidad, condición fundamental es el estudio y la asimilación de la ideología revolucionaria del proletariado, que enuncian Marx, Lenin, Stalin, Mao, y, por último, el Presidente del Partido. En las circunstancias de peligro de muerte que caracterizan sus existencias, esa ideología penetra y determina tanto su sensibilidad como su pensamiento. El léxico político-militar (revolucionario para ellos) que forma parte de su discurso por eso no es un recurso decorativo o de uso cosmético, sino expresión de sentimientos y convicciones fuertemente arraigados, el más importante de los cuales es la certidumbre de que llegará el momento en que se instaure el nuevo orden del comunismo.

Solo se ha de referir un ejemplo sobre estos puntos: después del asalto victorioso a una hacienda se desarrolla una secuencia en la que se hace notoria la presencia del léxico político en la conversación de una pareja de militantes que mantienen una relación amorosa. Los militantes celebran el triunfo, encienden fogatas, cantan, bailan huainos. Uno de los guerrilleros, “sensibilizado por el bordoneo bélico de la guitarra . . . se dirige al alfalfar sin hacerse notar por sus camaradas” (Arribasplata 41). Allí le espera Adriana, la guerrillera con la que mantiene una relación amorosa escondida.

El diálogo que se desarrolla entre ellos, cargado de recriminaciones y de mimos, tiene un componente léxico y discursivo de intenso tinte político militar. El amor y la política se confunden. En un reproche de Eloy a Adriana: “No seas audaz en las acciones, quiero verte para cuando demos el

gran remate” (42) se percibe el convencimiento de que la victoria definitiva es de hecho algo que ha de ocurrir. A esa certeza hace eco, en el lenguaje simbólico del Partido Comunista del Perú, la respuesta de Adriana: “Tú también no seas exaltado, tenemos que asistir al brillo de la luz y la alegría comunista” (42). Antes, los enamorados, al comienzo de su furtivo encuentro, se han transmitido mutuas alabanzas por la valerosa actuación cumplida durante la toma de la hacienda, pero luego se reprochan por los excesos de cada uno en la lucha revolucionaria. Lo destacable aquí es que se amonestan por arriesgar la vida frente a la posibilidad de no ver el triunfo revolucionario uno al lado del otro y unen de esa manera el amor que se sienten entre sí con el compromiso que han asumido. Es de subrayar así mismo la certeza que comparten respecto al triunfo de la revolución como un acaecer seguro y que no se pone en duda.

La determinación que los actores muestran, fundada en la confianza de que luchan por un objetivo indefectible, explica que la vida amorosa entre amantes comprometidos en la insurrección armada sea presentada como una práctica política: que el compromiso sentimental aparezca como una actuación idéntica a las actuaciones que tienen lugar en el campo de lo político. De esa suerte el debilitamiento de los sentimientos amorosos es equivalente a una capitulación, a una rendición formal bajo ciertas condiciones, lo mismo que la seguridad acerca de los afectos amorosos que uno siente por el otro sea similar a la intransigencia respecto de las convicciones políticas, a su negociación. La infidelidad, finalmente, es igual a provocar disturbios, que es alterar la paz debido a una manifestación callejera mediante la violencia.

Sobre este asunto es de observar que la recriminación por el interés que el varón muestra por otra mujer, ante los ojos de su pareja, no solo sea advertida por esta, sino que lo sea también por el Partido que vigila por todas partes con mil ojos y oídos. Esta es una amonestación irónica evidentemente, pues no es cierto que ello ocurra hasta el punto de llegar a la esfera de lo íntimo. Pero a la vez se trata de una asunción y una confianza imposible de poner en duda, incluso en una conversación de enamorados, con relación a la palabra del líder, que así lo ha establecido, de manera literal y no metafórica. Ni los militantes ni, por último, ninguna persona en cualquier horizonte dejan de ser observados por el Partido. Siempre hay alguien que por este ve y escucha. Y por eso ante aquel no es posible sostener una mentira o cometer una traición sin recibir una sanción ejemplar y pública. No es posible en extensión realizar ninguna transgresión, especialmente robo, adulterio o sodomía, pues el Partido cuenta con un poder de vigilancia sobrehumana.

El léxico político militar de los guerrilleros es un componente principal de la verosimilitud de su discurso, pero subordinado al hecho de que ellos son actores que no solo han tomado la decisión de arriesgar sus vidas a favor de la revolución, sino, mucho más, han hecho promesa de renuncia a la propia existencia y otorgado al Partido y a la historia la disposición de ella.

Hay que sacar aquí a colación la configuración discursiva o el motivo de “la cuota de sangre”, también secuencia narrativa central en el esquema de la práctica guerrillera relacionada con Sendero Luminoso, que aún está por hacerse. Mediante esa expresión se establece que todo combatiente no sólo se compromete a luchar hasta las últimas consecuencias, hasta dejar la vida por eso, sino que de antemano renuncia a la propia vida para entregarla al Partido, al pueblo, a la historia, que son las entidades que a partir de entonces van a decidir por ella. Es de observar que el guerrillero del Partido Comunista del Perú no sólo está comprometido con una causa que puede llevarlo a la muerte, sino que ha prometido morir por ella. Hay que distinguir, en consecuencia, entre el compromiso revolucionario y la aceptación de la muerte como un hecho ineludible y necesario. En el primer caso la muerte puede ser accidental en una dimensión muy probable, en el segundo, en cambio, la muerte es un valor, que convierte una vida miserable e inane en significativa y gloriosa. Mientras que el revolucionario que se compromete busca preservar la vida en lo posible, aunque la pone en riesgo, el guerrillero del Partido Comunista del Perú, en cambio, actúa bajo la premisa de que en las acciones de lucha la muerte no solo es una probabilidad que lo ha de glorificar, que le ha de permitir alcanzar el estado de un ser venerable, de un modelo a ser recordado, de una cierta santidad, sino que desde el principio ya es un valor en sí. Los guerrilleros por esa razón se diría que, mucho más que hallarse predispuestos o listos para morir, han adoptado la condición de estar en un estado de muerte latente, de haber asumido la muerte como una necesidad. Es cierto, sin embargo, al mismo tiempo que aspiran a vivir para ver los frutos de su lucha, el luminoso día de la victoria final, sin embargo, ello parece contraponerse y contradecir su toma de posición anterior, al mismo tiempo esa aspiración presupone definitivamente la principal premisa del recorrido revolucionario hacia la toma del poder y el cambio total: que estos objetivos solo serán posibles si tal recorrido se produce como una travesía de muerte, por un río de sangre.

A partir de la promesa de entrega total cada guerrillero se convierte, por consiguiente, en un actuante que desarrolla una práctica que de por sí ya es magnífica, superior a cualquier otra. De ese modo el guerrillero queda convertido, en primer lugar, en un ser dotado de una fuerza capaz de vencer cualquier adversidad. Si al morir y al arriesgar su vida, que es una “brizna” (Degregori 499), ella se revalúa, ya no es posible desde ese momento concebir adversario que se halle en la misma condición, pues todos los demás mortales quieren vivir, aunque su existencia no tenga ningún valor. No puede haber, en ese sentido, ningún antagonista que les haga frente. Ni cualquier otra potencia que los supere. En *La niña de nuestros ojos* durante una reunión previa a una incursión contra un enemigo que se presenta más poderoso, una guerrillera por eso comenta: “Hemos fijado nuestra cuota de sangre conscientemente. Y si estamos para morir, ¿qué será lo que no podamos lograr, camaradas?” (79).

En segundo lugar, el poder del que los guerrilleros se ven poseedores por la asunción de que la vida no tiene ningún valor si es que no se la ofrece a la revolución, les provee de la potestad de esparcir la muerte por doquier, de castigar con la muerte a quienes no se ajustan a los mandamientos del Partido. Este es un punto principal en la actuación de los alzados en armas y sobre el cual en este artículo no podrían sino señalarse algunas observaciones. Debe destacarse ante todo que las acciones punitivas que realizan, momento culminante de sus *performances* guerrilleras, se sustentan en el supuesto de que están autorizadas por el nuevo Estado, nacido del pueblo y de la lucha popular. Y que cumplen de ese modo a la vez funciones judiciales, disciplinarias y policiales, en representación del orden que se va construyendo. A continuación se puede señalar, y este es un asunto que se debe subrayar, que lo hacen precisamente en tanto actores que han decidido por propia voluntad ofrecer su vida por la liberación de la clase obrera y del campesinado pobre, en tanto son hombres para quienes la muerte propia ha revaluado una existencia que se sentía despreciable. En esa medida la muerte de quienes consideran merecedores de tal castigo corresponde también a una ejecución que sirve para acabar con una condición anodina. Los guerrilleros cuando ejecutan lo hacen, en consecuencia, para dar fin a una vida insustancial. Este es también un punto que requiere un desarrollo más amplio que no puede hacerse acá en toda su integridad. Únicamente ha de señalarse que para el Presidente Gonzalo la única vida que vale la pena de ser vivida es la ofrendada a la revolución, todas las demás no tienen valor. Entre estas es importante señalar hay tres tipos de vida que no tienen ningún valor: la vida de los enemigos, la de los hacendados, la de los burócratas, la de los miembros de las fuerzas armadas, la de los enemigos de la revolución en general; en segundo lugar, tampoco tiene valor la vida de aquellos a quienes se ve como beneficiarios de la revolución y que incluso son parte de las fuerzas revolucionarias, y que deberían por razones históricas, incluso instintivas, ser parte de ella, y así mismo no tiene valor la vida de aquellos que cometen delitos contra el pueblo. Por último, tampoco tiene valor, o, mejor, pierde valor la vida de los guerrilleros que muestran signos de cobardía, lo mismo que la de los traidores, los desertores, los renegados y los revisionistas.

La vida de los actores que se ha mencionado, sin embargo, puede ser revaluada si aquellos acatan los mandamientos del Partido, se autocritican y se rectifican¹ y, claro está, si se integran a la lucha los que no son del Partido, sea como combatientes o como integrantes de los grupos de apoyo o de Socorro Popular, organización creada para auxiliar a los presos y a los heridos en combate. Ello indica que los actores pueden ser regenerados, pueden encaminarse y ser encaminados en la línea que puede llevarlos hasta las alturas de la heroicidad propia de los guerrilleros. Ello indica así mismo que sus existencias presentan algún germen o condición, sobre todo condición social o situación de clase, que les permite hacerla valiosa. Dos

medios contribuyen principalmente a la valorización de una vida: la prédica persuasiva mediante arengas, proclamas y educación en las Escuelas Populares, y mediante castigos disuasivos y ejemplares. De hecho, a quienes se juzga incompetentes para ser integrados y reclutados para la lucha popular, y a quienes se considera irremediabilmente corrompidos y contaminados se les ejecuta.

Todavía está por hacerse una descripción detallada de los actores a los que el Partido Comunista del Perú califica para ser ejecutados y acerca del tipo de ejecución que les corresponde de acuerdo a su delito o a su rol social, pero las ejecuciones más significativas se reservan a los traidores, colaboradores con la Policía y las Fuerzas Armadas, y a los poderosos (funcionarios del Estado y, sobre todo, hacendados). Aquellas son realizadas generalmente en las plazas públicas de los pequeños pueblos, frente o cerca de la iglesia o de algún edificio estatal, o en los principales espacios públicos de las casas hacienda. Son espacios abiertos en los que se convoca a toda la comunidad. La ejecución es parte de un ceremonial que sigue un protocolo bien definido. La mayor parte de las novelas sobre el conflicto armado de los años ochenta lo consignan. Es la secuencia o motivo central de una configuración discursiva más amplia, que es la de la “incursión” que el Partido Comunista del Perú (o Sendero Luminoso) lleva a cabo con fines liberadores, para incorporar a una comunidad dentro de las zonas liberadas, que formarán el germen de lo que se entiende será la República de la Nueva Democracia, pero también con fines punitivos, a aquellas que se resisten, que el Partido tilda de colaboradoras con el enemigo de clase, o que entiende que los ha traicionado. No se hará ahora el análisis de esta secuencia central, pero interesa llamar la atención de que los ejecutados en tales ceremonias son presentados como seres viles, a los que debe rebajarse porque pretenden una dignidad y una honorabilidad que los guerrilleros no les reconocen, o porque muestran actitudes de desafío y de hostilidad hacia el Partido. Esto explica en parte el ceremonial con que se efectúa su ejecución. Mediante ella se busca reducir a los condenados a una condición sumisa y animal, lo cual se expresa especialmente en la obligación de ponerse de rodillas. La figura del arrodillado representa retóricamente la sumisión y suele estar acompañada de una actitud suplicante. El arrodillado es el rol del que se somete y es también el rol del que pide clemencia y perdón. Es el débil y humillado, doblegado ante el más fuerte que tiene en sus manos el destino de su vida. En ese escenario el guerrillero aparece en una primera instancia, por supuesto, como el actor que decide, esto es, en cuya voluntad radica la capacidad de juzgar y de sancionar. A este respecto hay que señalar, sin embargo, que el combatiente cumple más bien un rol juzgador establecido por el protocolo de la ejecución, definido por el Partido, de cuya voluntad él es un ejecutor. Aunque finalmente de todas formas en los actos de la ejecución se afirma el poder que lo hace revolucionario, derivado de la

promesa expresada en la “cuota de sangre”: de su condición de muerto latente o de viviente cuya muerte es necesaria.

La participación en una ejecución por eso también es un acto decisivo en el reconocimiento de un guerrillero. Uno se califica como tal en la medida en que puede matar a un hombre sin vacilar, porque de esa manera se cumple con las órdenes del Partido. Esta es también una secuencia canónica en la narrativa sobre la violencia de los años ochenta, particularmente en aquella que narra los hechos desde el punto de vista de los alzados en armas. Todo combatiente del Partido Comunista del Perú, no solo hace promesa de que vive para morir por la revolución, sino que es capaz de matar por ella. Te trata de dos condiciones que se requieren mutuamente. Pero su determinación no es inmediata, sobre todo en el caso de la segunda, puesto que es más difícil e incluso más importante la decisión de matar que la de morir. Por ello, se atiende más a las pruebas en las que se demuestra que se tiene la fuerza y el coraje necesario para quitar la vida de otro. Esta prueba es tan decisiva que se pone en observación a aquel aspirante o nuevo guerrillero que hubiera dudado. Como se desconfía de aquel que no se mostrara decidido y valeroso en los momentos de lucha, de enfrentamiento con el enemigo.

Es verosímil entonces que los guerrilleros hablen hasta de sus cosas más personales echando mano de un lenguaje político-militar *marxista, leninista, pensamiento Mao Tse Tung, pensamiento Gonzalo*, en la medida en que ese lenguaje cubre y define su existencia. Pero también es verosímil que esos actores tomen una cierta distancia irónica, que jueguen con él, que se hagan bromas. El talante humorístico de las conversaciones que entablan los guerrilleros es una de las presentaciones más significativas de la novela de Arribasplata, que lo distingue de otras novelas acerca del mismo tema. Es un rasgo que permite delinear una esfera subjetiva dinámica y compleja. Los guerrilleros no aparecen como actores solo empeñados en la lucha armada, que desarrollan comportamientos automáticos y previsibles, obnubilados por la palabra de su líder y limitados a cumplir sus directivas. Son personajes que tanto se identifican con su dirigente principal como toman cierta distancia crítica. En *La niña de nuestros ojos* por eso puede encontrarse una gama de actores que va de aquellos que en efecto experimentan y muestran una total identificación con la ideología del Presidente Rodrigo, aunque siempre son descritos como actuantes que enfrentan dudas y vacilaciones tras las cuales deben tomar decisiones, a aquellos que pueden ser críticos e incluso optar por alternativas opuestas a la línea principal del Partido, la línea correcta en la inevitable lucha entre las dos líneas dentro de toda organización revolucionaria, según las reflexiones de Mao Tse Tung, adoptadas como verdad irrefutable. Y al mismo tiempo son actores normales, que en los momentos de tranquilidad y descanso llevan una existencia normal: son personajes capaces de brindar cariño, de sentir amor y todas las pasiones relacionadas; son personajes que juegan, se hacen

bromas, tienen sentido del humor. El humor es una dimensión importante de su práctica diaria, que no disuena con la seriedad, la rabia y la furia que surge en las incursiones guerrilleras, en los ajusticiamientos y en las ejecuciones. En *La niña de nuestros ojos* se enfatiza además que los guerrilleros están movidos por ideales sinceros de lograr un mundo igualitario y justo, lo que les otorga una cierta pátina de inocencia y pureza.

Esa novela muestra por eso el recorrido narrativo de columnas guerrilleras que pasan por dos fases extremas: en la primera, sus intervenciones tienen un cierto sesgo justiciero y solo ejecutan a los individuos que para ellas definitivamente merecen ese castigo, en cambio perdonan a quienes pueden ser reeducados en el terreno de las acciones o mediante la instrucción ideológica; en la segunda fase, en cambio, los juicios sumarios y las ejecuciones dejan de ser selectivos e individuales. Pierden su carácter ritual, se convierten en asesinatos arteros y pueden llegar a la masacre, cambio que es consecuencia de las derrotas que el Partido Comunista del Perú iba sufriendo, nunca reconocidas por lo demás hasta que el líder es capturado y puesto en prisión.

Las dos fases del comportamiento de los guerrilleros tienen alguna correspondencia con la actuación de las Fuerzas Policiales y las Fuerzas Armadas. Estas también desarrollan acciones represivas y punitivas contra las comunidades y los pequeños pueblos campesinos cuya fuerza y violencia se va haciendo indiscriminada y cada vez más cruel, aunque las novelas (no solo las que constituyen el objeto y la fuente principal de este artículo) ponen énfasis en señalar que su *performance* es desde el principio mucho más destructiva y brutal.

Esos rasgos se expresan en distintos niveles. Se presentan en el nivel léxico, caracterizado por el uso de un vocabulario militar, por supuesto, pero también por el uso de un lenguaje procaz, soez y vulgar. Los parlamentos de los policías y los militares están repletos de groserías y de referencias de contenido sexual. En correspondencia con ese nivel se hallan los esquemas de su actuación represiva. En este caso también todavía en el campo de los análisis del discurso no se cuenta con un esquema general, pero es posible sostener que la redada sea su secuencia principal. Un cierto ordenamiento de las acciones sería aquel que se inicia con la irrupción en un pueblo, seguida por la concentración de los pobladores en la plaza pública o en un recinto cerrado, sigue con el interrogatorio y la tortura, a continuación ocurre la ejecución que tiene lugar de una manera secreta en lo posible y sin seguir un rito o protocolo, sino más bien los términos de un procedimiento. Todas esas secuencias constituyen la configuración discursiva de la redada, opuesta y complementaria de la incursión propia a la práctica de Sendero Luminoso.

Es de observar con relación a la práctica de la ejecución realizada por las fuerzas del orden que estas operan de una manera determinada por pautas o reglas propias de una actuación de tipo profesional, entendiéndolo por ello que sus operadores lo hacen como parte de un trabajo remunerado. Es cierto,

sin embargo, que se esgrime valores de patriotismo y pertenencia nacional como motivos de su ocupación, pero sobre todo los guardias y soldados son trabajadores asalariados, que cumplen un rol en la medida en que reciben una paga, lo que en el contexto simbólico de la lucha armada iniciada por el Partido Comunista del Perú significa que no lo hacen necesariamente por razones voluntarias. Lo hacen por trabajo, que es una condición externa a su voluntad, a las decisiones que les cupiese tomar sobre su propia existencia. Son, en consecuencia, actores que prestan su fuerza de trabajo para brindar un servicio, que directa ni inmediatamente les concierne. Hay que aceptar que, en efecto, ellos defienden al Estado y a la nación, pero al mismo tiempo su grado de identificación con esas entidades no es muy fuerte. Se diría más bien que tiende a ser débil. Por eso la estructura organizativa de la que forman parte, como todo orden militar de tipo profesional, requiere de procedimientos y protocolos que se imponen mediante rígidas reglamentaciones, mediante una jerarquía de mandos a los que se debe obediencia sin dudas ni murmuraciones.

Las diferencias entre los actores militares y los guerrilleros saltan a la vista, pero hay una distinción sobre todo que alumbra su contrariedad complementaria. Mientras los militares realizan desde el principio de sus acciones operaciones de una brutalidad expansiva, los guerrilleros lo hacen de manera concentrada y selectiva. Aquellos tratan a los campesinos como enemigos y sospechosos, estos los consideran fuerzas que convergen con los propósitos de la guerra popular prolongada que han iniciado siguiendo las enseñanzas del Presidente Mao. Los primeros los ven como colaboradores e incluso participantes en la insurrección armada, los segundos como parte integrante de sus contingentes y de los grupos de apoyo. Los guerrilleros entienden que los campesinos son el sostén histórico (lo cual quiere decir natural) evidente de sus acciones, la Policía y las Fuerzas Armadas ven a los hombres del campo como individuos y como grupo enemigo o potencialmente enemigo. Por eso cuando irrumpen en un poblado o comunidad lo hacen bajo la premisa de que pueda haber en ellas actores armados o que toda la población lo esté en algún grado, o cuando menos se halle en ella una predisposición a atacar. De esa suerte su intervención tiene un componente defensivo, que busca ser revertido y puesto a favor mediante la anticipación, bajo el conocimiento seguro de su superioridad en armamentos y en técnica militar. Pero a la vez no pierden cuidado de que los campesinos pueden aprovechar la sorpresa, la mayor familiaridad con el terreno, su cantidad y, por último, la poca importancia que para ellos tiene la vida para hacerles daño. Bajo esas consideraciones ingresan en los poblados para capturar y para eliminar contrincantes. Buscan hacer rendir al enemigo, someterlo de una manera decisiva y definitiva, disuadirlo a seguir participando o colaborando con la lucha armada, imponer la ley y la obediencia a la ley, lo que logra con métodos que hacen valer lo que las Fuerzas Armadas son capaces de llegar a hacer, el más importante de los

cuales es la tortura en las sesiones de interrogatorio, aplicado selectivamente. Pero lo más saltante de su actuación en las dos novelas que sirven en este artículo como textos de referencia es el asalto a las comunidades, la violación de las mujeres y las ejecuciones indiscriminadas que pueden llegar a masacres.

La violación a las mujeres destaca porque en oposición no ocurre en las incursiones guerrilleras. En la intervención a los pueblos los guerrilleros intentan desarrollar acciones de purificación moral en todos los órdenes. Persiguen establecer el semblante de actores respetuosos de la integridad de las personas, siempre y cuando se acojan a las directivas del Partido. Una imagen de puritanismo riguroso es instaurada. Los militares, en cambio, buscan imponer el imperio del poder estatal en un escenario hostil y rebelde. Tiene su actuación un sustento legal y su práctica el objetivo de restablecer el orden, restablecimiento figurativizado como una limpieza social. Es un término empleado en acciones policiales contra la delincuencia, que en el contexto de la sierra sur peruana cobra además una dimensión racial. No exactamente semejante a la que tiene en el discurso nazi o en el discurso de los serbios durante la guerra en Bosnia Herzegovina a comienzos de los años noventa del siglo pasado, pero con una fuerte carga excluyente y de un cierto sentido de exterminio. Saliendo de los textos de referencia, son conocidas las opiniones de un alto oficial del Ejército vertidas en los años ochenta a favor de aplicar una política de aniquilación indiscriminada para acabar con el problema terrorista, que incluía a la población nativa, entre la que se consideraba se hallaban entremezclados y camuflados los terroristas, difícilmente además identificables. Los militares no realizan una práctica de acercamiento ideológico, no buscan ser acogidos por los campesinos, no quieren convencerlos de la superioridad y beneficio de los valores que defienden. En las novelas sobre el conflicto armado de los años ochenta y principios de los noventa en general los militares tienen por objetivo principal la restitución del orden estatal a como de lugar.

La política represiva que desarrollan los militares, que pasa por el exterminio del grupo subversivo y de los sospechosos de ser sus partidarios y colaboradores, no tiene un carácter oficial. Es una política que se desarrolla en la práctica de manera clandestina, cuidando de no comprometer al gobierno ni a los más altos niveles de mando. Cuidando por eso mismo de no dejar rastro de las eliminaciones producidas, razón por la cual ellas se realizan en zonas agrestes, en espacios donde se pueden cavar zanjas para echar allí a los cadáveres, cubrirlos a veces de cal para carcomer con rapidez los cuerpos, la piel y los huesos, para finalmente taparlos con tierra, lo que se pone de relieve en las novelas. Son las ejecuciones extraoficiales, motivo principal de las audiencias de la Comisión de la Verdad que tuvieron lugar entre 2001 y 2003, algunos de cuyos materiales sirven de fuente para las novelas de Miguel Arribasplata y de Sócrates Zuzunaga.

La Policía y las Fuerzas Armadas prefieren las sombras y la noche para realizar sus acciones de limpieza, el Partido Comunista del Perú efectúa en cambio sus intervenciones purificadoras bajo la luz del día. Las primeras llegan a los pueblos a imponer una fuerza que trata de mostrarse invencible e inclemente para hacer valer el orden imperante, el segundo por su parte llegaba en los primeros tiempos como una fuerza liberadora capaz de hacerle frente a cualquier adversario y de hacer la justicia necesaria. La percepción de los campesinos, sin embargo, frente a los dos actores, de acuerdo a las novelas de referencia, como a otras, por ejemplo *Rosa Cuchillo* de Oscar Colchado Lucio (1997), escrita antes de la creación de la Comisión de la Verdad, es de desconcierto. Es verdad que en algunas comunidades se vio a los guerrilleros con simpatía, aunque no se entendiera bien lo que proponían y se juzgara absurdo y contraproducente lo que ordenaban en cuanto a las medidas sociales y económicas. Pero la mayoría de ellas no los comprendieron definitivamente. El Partido Comunista del Perú pretendía implantar un régimen calcado del orden que Mao fue implantando en China durante la larga marcha y que no se acomodaba con los modos de producción ni con las costumbres andinas. El Partido, que se preciaba de estar armado con la ideología del proletariado, que es una ciencia verificada en la práctica de la revolución rusa y la revolución china principalmente, superior a todo saber sobre el mundo, no se detenía en estudiar las formas de vida en las comunidades entre las cuales operaba. Sus análisis seguían pautas pensadas por Mao para el caso de China. Era una plantilla que no se fijaba ni respetaba el régimen del intercambio recíproco, por ejemplo, por considerarlo semifeudal, propio de un orden semicolonial. Por el contrario, establecían proporciones, sistemas de intercambio, basados en una estrategia necesaria para ellos, pero extraña para los campesinos. La respuesta por parte de estos, por supuesto, fue de rechazo abierto en muy pocos casos, silencioso en los más, por hallarse bajo amenaza armada y de interno desconcierto. El estado de ánimo de los campesinos frente a las incursiones guerrilleras fue el de la perplejidad y el miedo. En otro momento habrá que analizar con detalle cómo es representado ese estado en la novela sobre el conflicto armado, aunque hay ya importantes avances (cf. Ubilluz et al., *Del Pino*). La voz de los campesinos como tal no era escuchada por los guerrilleros, lo que oían era lo que querían y podían en tanto actores ajenos al mundo campesino. Aunque muchos de ellos de origen andino, estaban convencidos que el único sistema de pensamiento era el que procedía de los líderes y era un sistema que no admitía otra sabiduría, otra ciencia que la suya.

Frente a las Fuerzas Armadas y Policiales la reacción de los campesinos fue en todos los casos de temor. Los campesinos tuvieron la sensación de hallarse entre el fuego de contendientes con los cuales no se identifican, cuya guerra no les competía, en cuyos conflictos no podían hallarse inmiscuidos.

Notas

1. Es de suponer que en los juicios previos a la sanción de los renegados y los revisionistas estos hayan hecho su respectiva autocrítica y reconocida su falta a nombre del Partido, como ocurrió en los procesos stalinistas (Arendt 431; ss).

Obras citadas

- Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2011. Impreso.
- Arribasplata Cabanillas, Miguel. *La niña de nuestros ojos*. Lima: Grupo Editorial Arteidea, 2010. Impreso.
- Colchado Lucio, Oscar. *Rosa Cuchillo*. Lima: Universidad Nacional Federico Villarreal, 1997. Impreso.
- Cornejo Polar, Antonio. *Escribir en el Aire. Ensayo sobre la heterogeneidad sociocultural de las literaturas andinas*. Lima: Editorial Horizonte, 1994. Impreso.
- Degregori, Carlos Iván. "Discurso y violencia política en Sendero Luminoso." *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 29.3 (2000): 493–513. Impreso.
- Del Pino, Ponciano, and Caroline Yezer, eds. *Las formas del recuerdo. Etnografías de la violencia política en el Perú*. Lima: IEP, 2013. Impreso.
- Lienhard, Martin. *Cultura Popular Andina y Forma Novelesca. Zorros y Danzantes en la Última Novela de Arguedas*. Lima: Latinoamericana Editores y Tarea, 1981. Impreso.
- Murra, John. *Formaciones Económicas y Sociales del Mundo Andino por Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino*. Lima: IEP, 1975. Impreso.
- Ubilluz, Juan Carlos; Hibbet, Alexandra; Vich, Víctor. *Contra el sueño de los justos: la literatura peruana ante la violencia política*. Lima: IEP, 2009. Impreso.
- Urbano, Enrique Oswaldo. *Wiracocha y Ayar. Héroe y Funciones en las Sociedades Andinas*. Cusco: Centro de Estudios Bartolomé de las Casas, 1981. Impreso.
- Zuzunaga Huaita, Sócrates. *La noche y sus aullidos*. Lima: Ediciones COPE, Petróleos del Perú, 2011. Impreso.

López Maguiña, Santiago. "Discursos de la purificación y la limpieza en la narrativa literaria sobre la guerra interna." *Conflicto armado y políticas culturales de la memoria en el Perú*. Ed. Carlos Vargas-Salgado. *Hispanic Issues On Line* (Spring 2016): 68–83. Web.
